

tender su culto. Basta leer sus obras para dudar si en todos los siglos tuvo jamás la santísima Virgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un día en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, estático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexiones, y exclamó: *O clemens! ò pia! ò dulcis virgo Maria!* palabras que despues añadió la Iglesia á la antifona que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun día dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viajes, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta las últimas estremidades de esta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfermedad fué visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que movido de la fama de su eminente santidad, vino espresamente á Claraval para este intento. Hablóle el Santo del abuso y de la vanidad de las cosas humanas, exhortándole á que se quedase en Claraval; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dejóle ir; pero le pronosticó, que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reino de Cerdeña, y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viaje á Claraval Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al Santo fuese á poner paz entre los moradores de Metz y algunos principes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase S. Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó los dos ejércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos, y cimentando aquella paz con muchos milagros, se restituyó á Claraval para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su estremada y tierna confianza en la santísima Virgen. En fin, el día 20 de agosto del año de 1153, este gran Santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espíritu Santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los papas y á los reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos, y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claraval con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monges, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendi-

cion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbraban en la muerte de los santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto, y de suma veneracion á sus santas reliquias. Diósele sepultura en la iglesia de Claraval, delante del altar de la santísima Virgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de S. Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el día de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

SAN SAMUEL, PROFETA.

El profeta Samuel fué hijo de Elcana y de Anna. S. Jerónimo dice que Elcana era de la tribu de Levi y Anna de la de Judá. Siendo Anna estéril, estaba un día haciendo oracion en un lugar sagrado, donde los hebreos tenian la Arca del Testamento, é hizo voto que si Dios le daba un hijo, se le ofreceria y pondria en su templo, para que toda su vida le sirviese. A este voto añadió muchas súplicas y oraciones pidiendo á Dios le concediese su ruego. No se le oia palabra que dijese, y veíanse mover sus labios, de tal manera, que Heli sumo sacerdote, poniendo en ella sus ojos la juzgó por borracha. Díjoselo, y queria echarla de allí; mas ella respondió: «No estoy, señor mio, borracha, sino muy triste y afligida, y no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor.» Dijo entonces Heli á Anna: «Vete en paz y Dios te conceda la peticion que le has hecho.» Fué Anna á su casa y concibió, y parió un hijo, y llamóle Samuel, que quiere decir, puesto de Dios. Noten las mujeres casadas que desean tener hijos, que para alcanzarlos, valen mucho tres cosas: la primera, oracion propia y de personas dedicadas al culto divino. La segunda, prometerlos al servicio de Dios; esto es, que el fruto que les diere lo criarán como cristiano y fiel, y si se inclinare á ello, lo pondrán en el ministerio del culto divino. La tercera, hacer limosna, y perseverar con paciencia en lo que piden: así lo hizo la santa mujer Anna, y por esto alcanzó el cumplimiento de sus deseos.

Al cumplir el niño Samuel tres años, sus padres fueron al templo, y llevaronlo consigo, adonde ofrecieron sacrificio á Dios, y la madre entregó su hijo á Heli para que sirviese en el templo todos los días de su vida. Hólgo de ello el sumo sacerdote Heli:

volvieron á su casa sus padres en Ramatha, y el ternezuelo Samuel servia en el templo, haciéndose amable á Dios y á los hombres por su buena indole. Dormia en una habitacion inmediata á la del pontifice dentro del recinto del templo; y aun solo contaba doce años cuando se sirvió el Señor de este niño para dar un segundo aviso á Heli sobre los castigos que reservaba á sus dos hijos Ofni y Finees, los cuales eran malisimos.

En particular dice de ellos la Escritura, que eran ocasion de que el pueblo no hiciese sacrificio á Dios, por el maltrato que hacian á los que iban á sacrificar, tomándoles parte de sus sacrificios y ofrendas, y tambien hacian fuerza y deshonraban á las mujeres que estaban en vela y oracion en el tabernáculo. Sabia todo esto Heli y no los castigaba como debia y estaba obligado; reprendiales tan blandamente, que si antes eran malos despues eran peores; porque ellos cumplian con él, diciendo, que á la vejez serian buenos, que es confianza con que muchos se parten de esta vida para el infierno. Envióle Dios á avisar y á amenazar sobre el caso (la Escritura no pone el nombre del que fué á Heli de parte de Dios) lo cual no bastó para que hubiese en él enmienda. Estaba Samuel durmiendo y á media noche oyó una voz que le llamaba: parecióle que era la del sumo sacerdote; se levantó con prontitud y se presentó á él, y le dijo: «Aquí estoy, señor; ¿qué es lo que me mandas?—No, hijo mio, respondió aquél, no te he llamado, vete á dormir.» Obedeció el niño; pero no bien se habia vuelto á quedar dormido, cuando oyó que se le llamaba por segunda vez. Corrió, pues, á la habitacion de Heli, quien le contestó lo mismo que la vez primera; empero por tercera resonó la voz. Quería Dios fijar por este medio la atencion del niño sobre lo que le iba á revelar. Llegó el sumo sacerdote á penetrar que la voz era del Señor, que revelar queria algun arcano: «Vuelve, dijo al niño; y si oyes de nuevo la voz responderás: Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Volvió Dios á llamar á Samuel, quien le dió la respuesta que le habia sugerido su maestro: entonces dijole el Señor: «Voy á hacer una cosa en Israel, que nadie podrá oirla sin penetrarse de espanto: castigaré segun mi juicio á Heli y á toda su casa; va á cumplirse cuanto le he predicho; daré principio á ello y lo concluiré, porque sabedor de los delitos de sus hijos, no los ha reprendido.» Durmióse Samuel hasta la mañana, y al levantarse para abrir las puertas de la casa del Señor, temia hablar á Heli de la vision que habia tenido. Llamóle éste, y le dijo: «Samuel, hijo mio, ¿qué te ha revelado el Señor? nada me ocultes de cuanto hayas oido.» Fué preciso obedecer: declaró pues el niño cuan-

to el Señor le habia dicho, y Heli respondió: «El es el Señor; haga lo que sea de su agrado.» Este suceso dió á conocer á todo Israel que Samuel era un profeta y que el espíritu de Dios estaba con él.

Cuanto Samuel crecia en edad, crecia tambien en virtud: no se oia palabra ociosa de su boca, esto es, con mentira, ó sin provecho suyo ó del prójimo. Los dos hijos de Heli fueron muertos en una batalla donde habian ido, llevando consigo la Arca del Testamento, la cual quedó en poder de los filisteos. Filon dice que los mató Goliath el gigante. Oyó Heli estas nuevas, y recibió tanta pena cuando el fugitivo hubo nombrado el Arca de Dios, que cayó de espaldas de la silla, y quebrándose la cabeza murió al instante.

Samuel habia sido escogido por Dios para sucesor de Heli en la dignidad de juez de Israel, y principió á ejercer sus funciones reconciliando á su pueblo con el Señor. Recorrió las diversas comarcas de la Palestina, para restablecer en todas ellas la pureza del culto y desterrar los restos de la idolatria. No fué infructuoso su zelo: convirtióse al Señor todo el pueblo llorando sus extravíos, desecharon las falsas divinidades extranjeras que adoraban, y confesando que habian pecado, hicieron un riguroso ayuno.

Viendo Samuel estas buenas disposiciones del pueblo, reunió una asamblea general en Maspha para consumir la obra de la reforma; lo que de tal manera llamó la atencion de los filisteos, que en masas hostiles se avanzaron hasta las puertas de aquella ciudad. Despavoridos los israelitas dijeron á Samuel: «No ceséis de rogar por nosotros al Señor nuestro Dios, á fin de que nos salve de la mano de nuestros enemigos.» Ofreció Samuel un cordero en holocausto, hizo oracion por Israel, y Dios le oyó. Principiaron los filisteos el ataque mientras se hacia el mencionado sacrificio; pero el Señor tomó la defensa de su pueblo. El cielo se cubrió repentinamente de nubes; una lluvia horrorosa inundó el campo de los filisteos; con aterrador estampido retumbaron los truenos sobre sus cabezas; penetró sus huesos el espanto; se desbandaron, y huyeron. Al ver tan gran desorden emprendieron los israelitas la persecucion de los fugitivos, siendo innumerable la muchedumbre enemiga que pereció á sus manos; y levantó Samuel un monumento para perpetuar la memoria de tan insigne triunfo. Cobraron luego algunas ciudades que les habian ganado, y les fué devuelta el Arca que habian perdido, despues de siete meses que estuvo en tierra de filisteos; los cuales la enviaron de su voluntad, porque les iba mal teniéndola consigo.

Cada año visitaba el juez Samuel toda la tierra, y volvía á Ramatha, donde tenia asiento y casa. Abrumado ya por la edad, confió una parte de su cargo á sus dos hijos, llamados Joel y Avia, que no tenían las virtudes de su padre. La avaricia los corrompió: recibían regalos y no eran rectos los juicios que salían de su boca. Juntáronse pues en Ramatha, donde vivían los principales del pueblo, y dijéronle: «Tú eres ya viejo, y tus hijos no te imitan, ni hacen lo que deben; danos rey que nos gobierne, como todas las otras gentes le tienen.» El profeta consultó al Señor, quien le mandó acceder á la petición del pueblo. Así se verificó entonces un notable cambio en la forma del gobierno de los hebreos. Hasta aquella época gobernó Dios mismo á su escogido pueblo: los jueces no eran mas que sus lugartenientes. Así es que en tiempo de Moisés y de los Jueces se manifestaba la Providencia divina en una no interrumpida serie de prodigios; despues, si se exceptuan algunas circunstancias extraordinarias, dejó obrar á los reyes y ocultó la accion de su providencia bajo el velo de las causas naturales.

En Saul, hijo de Cis, de la tribu de Benjamin, recayó la elección del Señor: distinguíase entre todos sus conciudadanos por su gallardía corporal y por su estatura, prendas ambas en que ninguno le igualaba. Habiéndose extraviado unas borricas de su padre, salió á buscarlas en compañía de uno de sus criados. No hallándolas, dijo el mozo á Saul: «Aquí cerca hay un siervo de Dios, cuyas palabras son infalibles; vamos á consultarle, porque acaso nos dará alguna luz sobre el objeto de nuestro viaje.» Dicho esto entraron ambos en la ciudad, y preguntando por el profeta Samuel, avisado por Dios, les salió al encuentro. Habló con Saul, y despues de haberle tranquilizado acerca de la pérdida de sus borricas, convidóle á comer, le puso en sitio preferente, y le sirvió de la porcion mas escogida. Concluido el banquete, le detuvo Samuel; y habiéndole sacado fuera de la ciudad, derramó sobre su cabeza el aceite que llevaba en una redomilla, y le dijo que Dios le constituía rey de Israel. Y á fin de convencerle de que todo esto se hacia en nombre de Dios, reunió el profeta las doce tribus y las hizo echar suertes para la elección de un rey. La suerte designó á la de Benjamin y á Saul entre los de esta tribu. Puesto Saul en la posesion del reino, dijo Samuel al pueblo: «Ya os di rey, como le pedisteis: ahora hago de mí residencia delante de Dios, y de su unguido vuestro rey: hable el que esté agraviado.» Respondiéronle: «Ninguno hay que esté de tí agraviado.—Pues si es así, replicó Samuel, que á ninguno hice agravio, ¿por qué todos me habeis á mí agraviado en pedir rey

siendo yo vivo? Para que veais que con razon puedo quejarme de vosotros, y que lo habeis hecho mal en pedir rey, aunque el cielo está como lo veis sereno, suplico á Dios que muestre en él señales por donde entendais vuestro pecado.» Hizo oracion Samuel, y vino tan grande tempestad de truenos y agua que todos, con grande temor, dijeron al profeta que rogase á Dios por ellos y que confesaban que á sus antiguos pecados habian añadido el de pedir rey.

Cuando Saul comenzó á reinar, era humilde y sin malicia, y permaneció en este estado dos años, despues de los cuales mudó de condicion, y tornóse malo. Comenzó á declararse en que habiendo de ir á dar batalla á los filisteos, viendo que Samuel no llegaba, pidió víctimas y contra lo mandado por el Señor, él mismo las ofreció en holocausto. No bien se habia acabado el sacrificio cuando llegó el profeta, y echando en cara al rey la falta cometida, le anunció que su reino seria quitado á sus descendientes, y dado á otro ajeno de su linaje. Ni paró en esto el mal de Saul, pues fué desobediente á Dios en otro caso, y sucedió de esta manera.

Intimó Samuel de parte de Dios á Saul que fuese contra los amalecitas y los esterminára á todos, porque todos eran malvados, y ofreciera en holocausto todo el botin, sin perdonar cosa alguna. Con esta orden el Omnipotente hacia á Saul ministro de su justicia, para castigar una raza tan impia y cruel que á sus hijos quemaba en reverencia de sus ídolos. Marchó Saul contra los amalecitas, que le presentaron batalla; mas sus huestes fueron deshechas, y cayó prisionero su rey. La ciudad fué tomada y entregada á las llamas, pero Saul cumplió á medias las órdenes del Señor, pues perdonó la vida al rey Agag y conservó lo mejor de los despojos.

Dios quiere ser obedecido cuando manda; y así dijo á Samuel: «Me arrepiento de haber hecho rey á Saul (*), porque me ha abandonado, y no ha obedecido mi mandato.» Aflijóse Samuel, clamó al Señor toda la noche, y levantándose antes de la

(*) En Dios no ha lugar á pesar ni arrepentimiento, porque son pasiones corporales, que traen consigo imperfeccion, hablando propiamente. Mas atribúyense á Dios metafóricamente; porque así como el hombre, que se arrepiente de haber hecho alguna cosa, si puede, procura deshacerla; así Dios cuando destruyó al hombre con el diluvio, dió muestra como que le pesaba por haberle hecho, diciendo palabras que lo significaban. No porque en Dios cupiese arrepentimiento, no, sino que destruyéndole hace lo que por tenerle una persona, deshace lo que ha hecho.

aurora fué en busca de Saul. Viendo éste que se le acercaba Samuel, previno su disculpa, y saludóle diciendo: «He cumplido las órdenes del Señor.» Y Samuel le repuso: «¿Pues qué halidos de animales son los que resuenan en mis oídos?—El pueblo ha conservado los mejores rebaños de los amalecitas para ofrecerlos á Dios en sacrificio;» respondióle el rey. Y replicóle el profeta: «¿Pide acaso el Señor holocaustos y víctimas, ó mas bien que se obedezca su voz? Mejor es, pues, la obediencia que las víctimas (*); porque el desobedecerle es á sus ojos como el pecado de la idolatría. Porque pues has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado, y ya no quiere que reines en Israel.» Saul convencido de las razones de Samuel, no con dolor del pecado, sino para alejar de sí la afrenta que llevaba consigo: «Verdad es, dijo, que he pecado, no cumpliendo la voluntad de Dios; honradme empero en presencia del pueblo, y venid conmigo á adorar al Señor.» Apartóse el profeta sin escucharle como quien le abandonaba. Queriendo Saul detenerle, le asió por la orla de su capa, la cual se rasgó, y díjole entonces el Siervo de Dios: «El Señor ha rasgado hoy el reino y se lo ha dado á tu prójimo que es mejor que tú. El Dios de Israel no muda de pareceres, pues no es un hombre que tenga que arrepentirse.» Mandó Samuel que le trajesen á Agag, á quien Saul había perdonado, contraviniendo al mandato divino, y le hizo morir, poniéndole delante sus crueldades. Hecho esto fué el hombre inspirado, y no volvió á ver á Saul hasta el día de su muerte; mas no cesaba de llorarle, porque Dios le privaba del reino y no le perdonaba.

Resolvió Dios establecer una familia real, de la cual saliese el Mesias, y la escogió en la tribu de Judá. Y ordenó á Samuel que llenase un cuerno de óleo, y lo llevase á Belén á casa de Isai ó Jesé para derramarlo sobre uno de sus hijos que el Señor le daría á conocer. Obedeció el profeta, y prestando un sacrificio, se encaminó á Belén. Convidó á Isai y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentara sus hijos. Vino primero el mayor, y en seguida otros seis, todos bien dispuestos. Dijo el Señor á Samuel, hablándole interiormente, como de ordinario hablaba á sus profetas: «No hagas caso de rostro ni de estatura; porque al que escogí es pequenuelo; los hombres miran lo exterior, y juzgan por lo que ven; yo veo el corazón, y por lo que veo en

(*) La razon da la Glosa, diciendo: que en el sacrificio queda muerta la carne ajena, y en la obediencia la voluntad propia.

el juzgo: ninguno de estos quiero para rey.» Preguntó Samuel á Isai: «¿No tienes mas hijos?—Aun hay otro pequeño, respondió el padre, que está apacentando las ovejas.—Tráele aquí, repuso Samuel, porque no nos sentiremos á comer hasta que él venga acá.» Isai le envió á buscar; y vino un mozo de quince años de blonda y rubia cabellera y de hermoso rostro: David su nombre. Entonces dijo Dios á Samuel: «Levántate, y ungele, porque ese es.» Ungióle Samuel, derramando el óleo de la unción sobre su cabeza, en presencia de sus hermanos, y hecho esto, y cumplido con el sacrificio á que tambien habia venido; volvióse á Ramatha. Desde aquel momento posó el espíritu del Señor en David y abandonó á Saul.

Murió Samuel, y habiéndole llorado todo Israel, fué sepultado en su propia ciudad de Ramatha.

Despues de algunos dias fué Saul á la guerra con sus hijos, y viendo la muchedumbre de los filisteos, temió: hizo oracion á Dios para que le declarase el suceso de aquella jornada, y no le respondió: informóse donde hallaria alguna mujer pitonisa, que es lo mismo que adivina ó hechicera: avisáronle de una: mudó el traje, por no ser conocido, y entró en su casa: rogóle, que le hiciese aparecer á Samuel: luego que ella vió á Samuel, entendió que era el rey Saul el que estaba con ella, y temió: él la aseguró, y la dijo: «¿Qué has visto?» Respondió la hechicera: «Veo subir ángeles de la tierra y entre ellos á Samuel viejo, cubierto con una ropa de majestad.» Púsose de rodillas Saul, y dijo: «Yo me veo muy apurado; por esto te he llamado para que me declares lo que debo hacer.» Dijo Samuel: «Para qué me haces esta pregunta, pues sabes que el Señor se apartó de tí, porque le ofendiste; y así hoy te has de perder tú y tu pueblo, por no haberle obedecido, cuando te mandó destruyeses á Amalec: tú y tus hijos estareis mañana conmigo;» y dicho esto desapareció.

Aquí es de notar que los Intérpretes convienen comunmente en que fué el verdadero Samuel el que allí se apareció, y que aquella aparicion de Samuel se hizo por un órden particular de la justicia de Dios. Y este sentimiento es muy conforme á lo que dice el Eclesiástico XLVI. 23, que durmió el sueño de los justos, é hizo conocer al rey el fin de su vida: que su voz salió del fondo de la tierra para anunciar la perdicion de los impíos. S. Agustín en diversas partes muestra favorecer la opinion que dice, que no fué verdadero Samuel, sino demonio, que se fingia ser él el que habló con Saul. Mas en las adiciones á la Glosa de Nicolao de Lyra sobre este lugar, despues de puestas las dos opiniones,

y declarados los argumentos que hacen las dos partes, se resume allí, que es opinión y lícito sentir lo uno ó lo otro.

Hace mención de Samuel la Escritura en el libro primero de los Reyes, donde se escribe lo que de él aquí se ha dicho. En el Paralipomenon se nombra Samuel, y dos hijos suyos Vasseni, y Avia; y en el mismo libro se dice de él, que escribió los hechos de David, él, Nathan y Gad, profetas, de donde infieren algunos que escribió dicho libro primero de los Reyes, hasta el capítulo xxiv, en que se cuentan los primeros hechos de David, prosiguiendo de allí los otros dos profetas Nathan y Gad. David en un salmo hace mención de Moisés y Aaron, y pónelos en el número de los sacerdotes, y luego nombra á Samuel, y pónelo entre los que invocan el nombre del Señor. Sobre el cual lugar, y en las retractaciones, dice S. Agustin, que fué Samuel también sacerdote, y que como sacerdote, ungió á Saul, y á David por reyes de Israel: aunque S. Jerónimo solo quiere que sea levita. En el Eclesiástico se llama Samuel profeta amado de Dios. Nombran también á Samuel Jeremías y S. Lucas. S. Pablo lo pone en el catálogo de los santos, en la carta que escribió á los hebreos. La Iglesia católica usa en las lecciones de los mártires del primer libro de los Reyes, adonde está la historia de Samuel, desde la segunda feria despues de la dominica de la Trinidad, hasta el sábado antes de la dominica quinta.

La muerte de Samuel fué el año 1057 antes de Jesucristo, á los noventa y ocho de su edad. Sus reliquias, segun S. Jerónimo, fueron trasladadas por el emperador Arcadio á Constantinopla.

La misa es en honra de S. Bernardo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bernardo abad nos haga gratos á vuestros divinos ojos, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 59 del Eclesiástico.

El justo levantándose de madrugada, volverá su corazón al Señor que le crió, y hará oracion en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdon de sus pecados. Porque si el Señor grande quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia: y él esparcirá los eloquios de su sabiduría como lluvia, y dará gracias al Señor en la oracion, y éste dirigirá

su consejo, y su doctrina, y se aconsejará en los juicios ocultos (del Señor.) El hará patente la enseñanza de su doctrina, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Su sabiduría será alabada de muchos, y no se olvidará jamás. No perderá su memoria, y su nombre se repetirá de una generacion en otra. Las naciones predicarán su sabiduría y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

REFLEXIONES.

Será su nombre honrado de siglo en siglo, y la Iglesia celebrará sus alabanzas. Esta profecía tiene por objeto á todos los justos. La serie de los siglos que va debilitando la memoria de todos los hombres grandes, da nuevo vigor á la de los santos, haciéndola cada dia mas respetable. Consume el tiempo hasta el relieve de las mas bellas acciones de los héroes de la tierra; marchitase su lozania hácia el caer de la tarde; solo la virtud de los justos no está sujeta á esta duracion caduca; siempre se conserva viva la brillantez de su mérito, y siempre encuentra la Iglesia en su piedad asunto nuevo á su elogio. Pero mucho mas á la letra se cumple esta profecía en la Reina de los santos y Madre de los escogidos, de quien se dice con razon, que todos los siglos venideros exaltarán su dicha. De la santísima Virgen se puede propiamente decir, que la Iglesia celebrará todos los dias sus alabanzas, y que su nombre será de siglo en siglo honrado y glorificado. Es cierto que habiendo predestinado Dios á María desde toda la eternidad para madre de su Hijo, desde toda la eternidad fué objeto de la predileccion de toda la adorable Trinidad; y si los ángeles desde el primer instante de su creacion conocieron á Jesucristo por la fe, ¿cómo pudieran menos de reconocer y de venerar á su Madre? S. Agustin, S. Juan Damasceno, S. Bernardo, y otros muchos santos padres, aseguran que á los profetas y á los patriarcas de la ley antigua se les dió anticipado conocimiento de la Madre del Redentor, y que mucho mas se les concedió á los ángeles; ¡pues cuáles serian sus afectos de admiracion, de amor, y de respeto! *A prophetis prænuntiata* (dice S. Sofronio), *à patriarchis, figuris et ænigmatibus præsignata, ab evangelistis exhibita et monstrata, ab angelis venerabiliter atque officiosissime salutata.* Las hijas de Sion, es decir, las almas fieles de todos tiempos y de todos los siglos, vieron y publicaron su mérito y su gloria (*Cant. 6.*): *Viderunt eam filie Sion, et beatissimam prædicaverunt.* ¿Qué idea mas sublime de su elevada dignidad; qué elogio mas magnífico que el

del ángel S. Gabriel en el día de su Anunciación; qué veneración mas caracterizada que la de Sta. Isabel en el de la Visitación? *Benedicta tu in mulieribus.* (Luc. 1.) Pero no se contenta con esto: ¿De dónde á mí (añade) que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *unde hoc mihi?* ¿De qué manera, y en qué términos se esplica Santiago el Menor en su liturgia sobre las alabanzas de la santísima Virgen? «Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias; todos los ángeles y todos los hombres os honren y os reconozcan por templo santo, paraíso espiritual y gloria de las vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y á quien se dignó reconocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias.» Sabemos lo que en este punto sintió S. Juan y todos los demás apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes santos; pero ninguno de estos grandes doctores dejó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. S. Ignacio mártir en el primer siglo; S. Justino y S. Ireneo en el segundo; S. Gregorio de Neocesarea y S. Cipriano en el tercero; S. Atanasio, S. Efrén, san Basilio, S. Epifanio, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, san Crisóstomo, S. Sofronio en el cuarto; S. Cirilo, S. Eucherio, san Crisólogo, y S. Basilio el de Seleucia en el quinto; S. Fulgencio, S. Andrés de Candia, y otros muchos en el sexto; S. Gregorio el Grande, S. Ildefonso, y todos los padres del segundo concilio de Nicea en el séptimo; S. German de Constantinopla, y S. Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general en el octavo; S. Nicéforo, Teofanes de Nicea en el noveno; el sabio Idiota y S. Fulberto en el décimo; el bienaventurado Pedro Damian, y S. Anselmo en el undécimo; S. Bernardo en todas sus obras, el abad Ruperto, Arnaldo de Chartres, y Hugo de S. Victor en el duodécimo; el papa Inocencio III, y el célebre Guillelmo de París, Sto. Tomás de Aquino y S. Buenaventura, sin hablar de Sto. Domingo y de S. Francisco, en el décimotercio; el sabio Escoto, S. Bernardino de Sena, Juan Gerson, S. Laurencio Justiniani y S. Antonino en el decimocuarto; todos los grandes hombres, y todos los sabios en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano; todos estos oráculos del Espíritu Santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exaltar su poder después del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con espresiones dignas de tal asunto, y con los términos mas enérgicos á una confianza sin límites, á una singular veneración, y á una tierna devoción con la santísima Virgen. ¿Pues qué podrán esperar de su futuro estado y de su eterna salvación

aquellos que no tienen esta tierna devoción y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentareis también vosotros en doce tronos, y juzgareis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Del singular culto que debemos rendir á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en haciendo reflexion á que la Virgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devoción y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobado y condenar el religioso culto que se debe tributar á María. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa mujer á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al día su poderosa intercesión; ¿qué culto no la deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero, ¿cuántas no vomita continuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinión y tenga el mismo lenguaje, sino la herejía, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su protección, tantas piadosas congregaciones y cofradías como hay en la Iglesia católica bajo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprendible dignidad de Madre de Dios; el augustísimo título de mediadora con el Hijo del Eterno Padre; nuestras necesida-